

LAS QUINAS DE PORTUGAL

COMEDIA ESCRITA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

DON ALFONSO ENRÍQUEZ, Conde de Portugal.

BRITO, pastor, gracioso.

DON EGAS MUÑIZ.

DON GONZALO.

UNA DAMA.

ALGUNOS PORTUGUESES.

DON PEDRO.

GIRALDO, viejo.

ISMAEL, rey moro.

LEONOR, dama.

ZULEMA, moro.

ALGUNOS MOROS.

UN MORO.

UN ALFAQUÍ.

UN NIÑO QUE HACE Á CRISTO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Toda la fachada del teatro ha de estar de arriba abajo llena de riscos, peñas y espesuras, de matas, lo más yiristimil y áspero que se pueda, imitando una sierra muy difícil, con las circunstancias que se dirán después. Por lo más alto de estas breñas saldrá BRITO, rústico, con un bastón largo, disparando la honda, y por enmedio de las dichas peñas sale el Conde DON ALFONSO ENRÍQUEZ en hábito de caza, en cuerpo muy bizarro.

BRITO. ¡Hao, que espantáis el cabriol!
¡Verá por dó se metió!
¡Valga el diablo al que os parió!
Echad por acá, ¡jodiol!
¡Teneos el embigotadol!

ALFONSO. Entriscado me perdí:
pastor, acércate aquí.

BRITO. Acercáosle, ¡qué espetadol!
Pues yo os juro á non de San
que si avisaros no bonda
y escopitina la honda
seis libras de mazapán

(mejor diré mazapiedra)...
¡Hao, que se mos descarría
ell hatol!

ALFONSO. Escucha.
BRITO. ¡Aún sería
el diablo! ¡verá la medra
con que mos vino! ¡Arre allá,
hombre del diablo! ¿estás loco?
Ve abajando poco á poco,
no por ahí, hancia acá,
¡Voto á San, si te deslizas!...

ALFONSO. Acerca, dame la mano. (Acércanse.)
BRITO. Que has de llegar á lo llano
bueno para longanizas.
(Dale el cabo del bastón y tiénente ambos.)
Agarraos á ese garrote:
¿Quién diabros por aquí os trujo?
(Bajando.)
Teneos bien, que si os rempujo
no doy por vueso cogote
un pito.

ALFONSO. ¿Qué sierra es ésta?
(Bajando Brito hacia el Conde, asidos los dos al palo.)
BRITO. La de Braga, hacia Galicia.
ALFONSO. ¡Notables riscos!

BRITO. Se envicia
hasta el cielo.

ALFONSO. ¡Extraña cuestas!
BRITO. Llámase Espanta ruines.
ALFONSO. No sé yo que haya en España
más escabrosa montaña.

BRITO. Mala es para con chapines.
Dad acá la mano.

ALFONSO. Toma.
(Júntanse las manos y repara Brito en el guante.)
BRITO. ¿Hay mano con tal blandura?
Ó sois vagamundo ó cura.
Echad por aquesta loma;
con tiento ¡hao! que caeréis.
(Van bajando poco á poco de las manos.)
ALFONSO. ¿Hay peñas más enriscadas?
BRITO. ¡Manos de lana y peinadas!
¡qué guedejas, hao! Me oléis
á poleo. ¡Pregue á Dios
que no encarezcáis la lleña!
ALFONSO. No malicies.
BRITO. Pues ¿hay dueña
que las traiga como vos?
ALFONSO. ¿Nunca viste guantes?
BRITO. ¿Qué?
ALFONSO. Estos. (Simple es el villano.)
(Descálgase uno.)
BRITO. ¡Aho, que os desolláis la mano!
¿Estáis borracho? A la hé
que debéis ser fechicero.
El pellejo se ha quitado
y la mano le ha quedado
sana apartada del cuero.
Las mias ell azadón
las ha enferrado de callos,
pues que sabéis desollallos
hacedme una encantación;
ó endilgadme vos el cómo
se quitan, que Mari Pabros
se suele dar á los diabros
cuando la barba la tomo.

ALFONSO. (Bajando.) ¡Sazonada rustiquezal!
BRITO. Por aquí, que poco falta
de la sierra.

ALFONSO. Ella es bien alta
y escabrosa su aspereza.

BRITO. Y decid, por vuesa vida:
¿qué, se puede desollar
la mano sin desangrar
quedando entera y garrida?

ALFONSO. Anda, necio; la que ves
es una piel de cabrito
ó cordobán.

BRITO. ¡Pues bonito
soy yo!

ALFONSO. Adóbanla después
y ajustándola á la mano
del polvo y sol la defiende.

BRITO. ¿Sí? ¡Bueno! O sois brujo ó duende.
Vos pensáis por lo serrano
burlarme. ¿No está apugada
con la carne á esotra?

ALFONSO. No.
BRITO. ¿No os la vi desollar yo?
ALFONSO. Estaba en ella encerrada
como tu pie en esa abarca.

BRITO. Ataréislas por traviesas,
que ya yo vi manos presas
por retocar lo dell arca;
Mari Pabros me pedía
la mía de matrimenio
y yo, como amor lo enseño,
dándole á esotra vacía
burlada se quedaría
(Ya están abajo.)
si por Olalla la dejo,
que hay mano que da el pellejo,
pero no la voluntad,
y porque ya estáis abajo
adiós, que all hato me yó.

ALFONSO. Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo:
toma este anillo.

BRITO. ¿Este qué?
ALFONSO. Sortija: es de oro.
BRITO. Verá;
mijores las hay acá
de prata. Se le daré
á Mari Pabros. Señor:
¿qué es esto que relumbrina?

ALFONSO. Un diamante, piedra fina.
BRITO. Lo que llaman esprendor
el cura y el boticario.

ALFONSO. ¿Quién?
BRITO. Un par de entendimientos
que, á falta de pensamientos,
mos habran extraordinario;
y hay en nueso pueblo quien
mos avisa esto que oís,
echan al centeno anís
pará que mos sepa bien;
habran los dos tan profundo
que los doy á Barrabás
y porque no es para más,
adiós, hasta el otro mundo. (Vase.)

ESCENA II

DON ALFONSO solo.

Dudo que puedan hallarme
en tan distante espesura
mis monteros. ¡Oh hermosura!
tú has venido á enajenarme
de mi gente y de mí mismo.
Es doña Elvira Gualtar
objeto digno de amar,
pero en el hermoso abismo
que mi memoria atropella,
anegadas mis pasiones
falto á mis obligaciones.
Dos ángeles tengo en ella,
dos niñas, que de mis ojos
niñas han venido á ser
para no dejarme ver
más que sus bellos despojos.
Soy conde de Portugal,
y por la madre y las hijas
ocupaciones prolijas
de un gobierno casi real
olvido. Pero ¿qué es esto?

(Suena música.)

ESCENA III

Abrese toda la montaña desde la mitad abajo, quedando descubierta una cueva capaz, toda entapizada de hiedra, flores y romeros, techos, paredes y suelo. En medio de una mesa de hierbas, y asentado en un peñasco, la cara á la gente, GIRALDO, viejo venerabilísimo, vestido de estera de palma, con algunos libros como que los estudia; á un lado de la puerta de la cueva una palma, colgando de ella las armas que aquí se dicen: las peñas por donde bajó el Conde, levantadas agora, servirán á la cueva de chapitel y toldo.

ALFONSO. Los peñascos, obeliscos de esta sierra, entre sus riscos, dividiéndose, han compuesto entre su nevado espacio un modo de solio regio que de la aurora es palacio; las peñas sus capiteles, con majestad elevados, techumbres suplen dorados; hierbas sirven de doseles que, entretejidas de flores, trepan sus ramas inquietas por jazmines y mosquetas con brazos escaladores. Desde el verde pavimento hasta el florido artesón da causa á la admiración que le juzga encantamiento. Una senectud se eleva prodigiosa y venerable que, con respeto agradable, el centro ocupa á la cueva; trofeos son de esta palma la espada, yelmo y arnés. Algún héroe portugués por la milicia del alma los materiales olvida; libros, estudioso, ojea; ¡qué bien sus ocios emplea! ¡qué bien retirada vida! Amagos muestra divinos. Toda el alma me ha robado.

(Quiere retirarse asombrado y levántase Giraldo y sale, deteniéndole.)

GIRALDO. Detén, huésped deseado, el paso á tus descaminos. Por dicha, ¿eres portugués?

ALFONSO. Por dicha y mucha lo soy, pues las dichas que medro hoy en verte son interés el más nuevo que jamás de mi discurso el exceso apeteció.

GIRALDO. Según eso al conde conocerás Alfonso Enríquez.

ALFONSO. Créeme en su casa y compañía, y tanto de mí se fia, que, para que más se extreme la privanza afectuosa con que siempre me estimó, podré decir que él y yo somos una misma cosa.

GIRALDO. Con eso ha calificado dignamente la elección de su mucha discreción; pero ¿quién te ha derrocado por aquestos pricipicios?

ALFONSO. Cazando, al conde perdí no muy distante de aquí.

GIRALDO. Son honestos ejercicios los que imitan la milicia, ensayando entre las fieras burlas que enseñan las veras cuando es menos la codicia de esa noble ocupación y goza de paz su estado.

Yo sé que te habrá causado justamente admiración el verme, cuando penetras soledades enriscadas, colgar armas jubiladas y dar el ocio á las letras.

ALFONSO. Dices, padre, la verdad.

GIRALDO. Pues para que se la cuentes al conde, y los accidentes de la fortuna en mi edad última con más consejos le hagan volver sobre sí, siéntate, joven, aquí, que los líquidos espejos de esta fuente y lo habitable de esta sombra, los acentos de las aguas y los vientos harán mi historia agradable.

(Siéntanse sobre dos peñas.)

GIRALDO.

En la ciudad de Oporto, donde el Duero, para que nazca mar, expira río, flor en botón, nací del cano Enero de un tronco generoso, padre mío. No sé, al nacer, lo que lloré primero, ó su muerte ó mi vida que rocío consume el sol que llora la criatura el breve tiempo que su aliento dura. Huérfano, en fin, en mi inocente infancia, con poco amparo y menor herencia, la industria supo hacer á la ignorancia en mis primeros años resistencia. Entorpece ociosa la abundancia, y la penuria es toda diligencia. Esta, pues, que el valor no desperdicia, me llevó, ya mancebo, á la milicia. Vino á Castilla el Conde don Enrique, hijo cuarto del Duque de Borgoña, ramo del francés lirio á quien dedique triunfos la flor que en Portugal retoña, porque eterno en Alfonso se fabrique el regio asilo contra la ponzoña del Alcorán, y con mejor fortuna pise el sol de su cruz su media luna. Sirvióse Alfonso el sexto de su espada, siempre fiel y á su lado vencedora; ya en su fortuna adversa, aunque amparada del toledano alarbe (si hay fe mora) ya en la propicia con la destinada muerte del rey, su hermano, que en Zamora infancias dió á Bellidos y escarmientos á monarcas que quiebran juramentos.

A la sombra, pues, yo de la milicia del héroe Enrique, borgoñón famoso, medré con su privanza, la noticia del marcial ejercicio siempre honroso rey en León, Castilla y en Galicia, Alfonso el sexto, y para mas honroso blasón que siempre el africano tema imperial en sus sienas la diadema: á nuestro Enrique con su gente envía por capitán de la conquista santa que oprime la otomana tiranía, llora la iglesia y la blasfemia canta. Partí con él, y mereció en Suria por muestra del valor que le adelanta del Papa Urbano, que quien es conoce, que uno le elija entre sus pares doce, presuma numerar los que desata átomos, esa antorcha de los cielos, oro en la arena, en las estrellas plata, al viento soplos y á las aves vuelos; ¿quién á lo que hizo Enrique en Damia y en Antioquia atreva paralelos? que no hay bastante, cuando afecte suma, bronce á estatuas ni á victorias pluma. Entró Godofredo, en fin, triunfante en la ciudad gloriosa en que la vida el Dios de amor perdió de puro amante, ingrata, y de su púrpura teñida de aquella que creyéndola diamante Melquisedec fundó, y ennoblecida sobre cuantas el sol dora y conoce, metrópoli amparó en los tribus doce. Allí, después que nuestro Enrique alcanza fama inmortal, que encarecer no puedo, único premio suyo, su alabanza, le enriqueció el glorioso Godofredo con el divino hierro de la lanza: bañado en gozo al referirlo quedo, hierro que abrió de amor todo el abismo, sangre á la redención, agua al bautismo. Dióle más, una parte sacrosanta de la diadema regia, la corona que con tanta crueldad y espina tanta á Dios castiga, porque Dios perdona, de aquel árbol un trozo, aquella planta que la granada augusta nos sazona, péchi-abierta, purpúrea, coronada, que en el altar es pan, si allí granada. Añadióle con esto una sandalia, depósito preciso del aliño que produjo más flores que Thesalia, que vistió más purezas que el armiño, que el ámbar, que el almizcle, que la algalia, que el amor, que el deleite, que el cariño, de Pafos de Pancaya en flores bebe, de María sandalia urna de nieve. De Magdalena, como blanca espuma una toca de aquella enamorada pirausta de su Dios, sin que consuma incendio tanto, tanta fe abrasada el brazo de San Lucas que en la pluma y en el pincel nos feria trasladada al oído la fe, copia á la vista, su médico, pintor y evangelista. Victorioso volvió con tanta empresa á los brazos del Rey, que le recibe en Toledo, triunfante, y le confiesa

que en el Asia por él su fama vive. Premióle, yerno suyo, con Teresa, carísima hija suya, y le apercibe á que por juro de heredad posea á Portugal y Conde suyo sea. Dióle en mi patria á la ciudad de Oporto, á Coimbra, á Viseo y las amenas regiones que en espacio y sitio corto bañan de Duero y Miño las arenas; la Beira y Tras os Montes; y le exhorto que debele las lunas sarracenas, á cuyos africanos desleales diez y siete batallas dió campales. En Guimaraes su corte constituye, desde ella gana la ciudad de Ulises, la gran Lisboa, en quien el Asia incluye profética opresión de sus países. ¡Oh Menfis española! el tiempo que huye con plumas de sus años, á que pises te destina los indios Dulimanes, de zamorines, chinos y hildocanes. Con católicas mitras las cabezas ciñó de Braga, hispana primacia, de Oporto y de Coimbra: ¿qué grandeza no adquiriría á quien Dios su culto fia? En Viseo, en Lamego, entre asperezas otras dos catedrales también cria. Salomón en la paz, cuyos ejemplos pontífices colocan, labran templos. Siempre á su lado yo, siempre valido, aliento su valor, sigo su fama; pero una vez, por verle divertido en los amores ciegos de una dama, de mis fieles consejos ofendido, mariposa á la luz de inquieta llama, de su corte y condado me destierra; trueco su indignación por esta sierra. Vivido la he su huésped cuarenta años, colgando de esa palma, entre trofeos, escarmientos que medran desengaños, ambiciones que mueren en deseos. Las encinas robustas, los castaños, han suplido al sustento los recreos de la gula, que á tanto vivo incita, dichoso quien lo menos necesita. Supe (no me preguntes de qué suerte), que cumplió el magno Enrique con la paga fatal, ejecutora al fin la muerte, y que con la condesa yace en Braga; que Alfonso Enríquez, cuyo brazo fuerte del valor heredero que propaga, no sólo en sus Estados le sucede, sino que aventajarle en triunfos puede. Que nació lastimando compasiones, pegadas con las piernas las rodillas, que don Egas Muñiz con oraciones mereció en su salud ver maravillas; que, joven, se sujeta á sus pasiones, y en vez de valeroso reprimillas, á una mujer las postra, por que iguale, haciendo que hile, á Alcides con su Onfale.

(Levántanse.)

¡Oh joven esclarecido! Tú eres éste, tu rama de Borgoña y de las lises del sexto Alfonso nieto manifieste en tí su sangre, porque alarbes pises; huye esa Circe, contagiosa peste;

pues heredas á Ulises, sigue á Ulises,
y no te canses en hacer buscarme,
que hasta el mayor aprieto no has de hallarme.
(*Éntrase en la cueva y ciérrase como primero.*)

ESCENA IV

ALFONSO solo.

Volvió á cerrarse la roca
del prodigio pedernal,
y aun no ha dejado señal
de adónde tuvo la boca.
Alma es que á su centro toca
la senectud venerable
de su huésped, cuanto afable,
digno tanto de respeto,
ocultómele, en efecto,
su depósito admirable.
¡Válgame Dios! ¡Que de suerte
me haya el veneno adormido
de una beldad! ¡Que haya sido
forzoso que me despierte
un retrato de la muerte!
¡Que sea tal el frenesí
que sin seso apetece,
que ocasione de este modo
á que se abra un monte todo
para que yo vuelva en mí!
Predicóme un casi muerto
que este sepulcro escondía,
y aunque en desierto, alma mía,
no es predicar en desierto;
túmulo es el que se ha abierto
en este monte excesivo,
y ya por él me apercibo
á que, tirando la rienda,
ni un mármol me reprehenda
ni un muerto predique á un vivo.

ESCENA V

Salen DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO, BRITO
y otros.—DON ALFONSO.

BRITO. Digo que, según las señas
que á sus mercedes oí,
es el mismo que por mí
no dió desde aquehas peñas
al valle cogote abajo.
El ha de ser un garzón
entre lampiño y barbón,
que tieso lo pisa y huella,
y al revés de los cristianos,
tiene dos pares de manos
y sin sangre las desuella;
en lo demás muy buen hijo,
pues cuando del puesto abaja,
por quitarme allá esta paja
no da menos que un sortijo.
(*Muéstrasele.*)

GONZALO. Este es suyo.

EGAS. Y este el Conde.

ALFONSO. Pues, amigos.

GONZALO. Gran señor,
el gozo tras el temor
más alegre corresponde

á la esperanza y deseos;
los pies pido que nos des.
BRITO. ¿Para qué querrán los pies?
ALFONSO. Perdíme entre los rodeos
de este bosque y selva espesa.
EGAS. Vuestra Alteza, conde, ha dado
un susto á nuestro cuidado.
BRITO. ¿Que se llama Cosme Artesa?
Sábrélo de aquí en delante.
GONZALO. Bueno Portugal quedara,
conde infante, si os llorara
perdido.

BRITO. ¿Cosme Elefante
es también y Cosme Artesa?
Tendrán por allá los hombres
como las manos los nombres
á pares. Señor, me pesa
de no herle mercé enfenito;
un pastor es ignorante,
pues si él es Cosme Elefante
y Artesa, siendo yo Brito,
es siempre la gente nueva;
pero su perdón me dé
que desde hoy le llamaré
Cosme, Elefante y Artesa.

ALFONSO. Cese, don Egas Muñiz,
la caza que Marte ensaya;
Gonzalo Méndez de Amaya,
Pedro Páez, Duarte Ruiz,
logremos las esperanzas
que el valor busca en las veras;
si hay moros, ¿para qué fieras?
¿Para qué bosques, si hay lanzas?
No cubra el orín arneses
que la ociosidad infama
cuando el asombro nos llama
invencibles portugueses.

ESCENA VI

Sale DON GONZALO con un escudo que tenga en campo
de plata una cruz azul atravesada, como está.—
DICHOS.

ALFONSO. Dadme, Gonzalo, ese escudo;
en él mi progenitor,
por alentar mi valor,
las azules bandas pudo
esmaltar que el blasón franco
á su ascendencia donó;
pero mi padre estimó
en más, dejándolo en blanco,
que con victoriosas pruebas
sus hazañas laureadas,
en vez de las heredadas,
le adquiriesen armas nuevas;
y después que éstas á luz
sacaron de esas proezas
las no imitadas grandezas,
puso la celeste cruz
en campo de limpia plata,
en fe que Jerusalén
las suyas quiere que den
premio á quien en Damiata
triunfó del egipcio espanto;
cruz azul, señal del celo
con que restituyó al cielo

de Dios el sepulcro santo.
En esta cruz, pues, divina
jurad todos, yo el primero,
no desnudar el acero

(Chirimías.)

mientras la alarbe ruina
á mi Portugal posea,
mientras la secta lasciva
en nuestras comarcas viva.
Esto, vasallos, desea
vuestro conde, vuestro infante,
sucesor de Enrique y nieto
de Alfonso rey.

(De rodillas, cada uno la mano sobre la
cruz del escudo.)

EGAS. Yo prometo,
mientras adorne el turbante
morisco la media luna,
no desnudar el arnés.

GONZALO. Valor tengo portugués;
yo seguiré tu fortuna.

PEDRO. Lo mismo juro.

ALFONSO. Pues alto,
lusitanos belicosos,
despejad bosques ociosos,
que si los muros asalto
de Santarén, y allí dejo
enarbolada la cruz,
yo haré que el moro andaluz
nos desocupe á Alentejo.

BRITO. ¿Y seré yo si le sigo?

EGAS. ¿No eres portugués, pastor?

BRITO. ¿Y seré yo si le sigo?

EGAS. ¿No eres portugués, pastor?

BRITO. ¿Y seré yo si le sigo?

EGAS. ¿No eres portugués, pastor?

BRITO. ¿Y seré yo si le sigo?

ESCENA VII

Salen retirándose de un Moro DOÑA LEONOR y una
Dama suya.

DAMA. Retírate, que se acerca.

LEONOR. ¿Que se atreviese hasta aquí
este bárbaro!

ESCENA VIII

Sale ISMAEL.—DICHOS.

ISMAEL. Perdí
el lance; entróse en la cerca.LEONOR. Subamos al homenaje;
veremos lo que este perro
pretende.ISMAEL. Amor: de este encierro
sacad mi sol, que es ultraje
que, rayo de pluma vos,
cuando se subiera al cielo,

no alcanzárades su vuelo.
¿Para qué os blasonáis dios,
si ni con flechas ni llamas
habéis podido vencer
el curso de una mujer?
¡Ah de mi gente!

(Arriba Doña Leonor.)

LEONOR. ¿A quién llamas?

Alarbe loco: ¿qué intentas?
Este castillo, ¿no sabes
que fía su guardia y llaves
á un portugués que en sangrientas
lides partió más turbantes
que seca Agosto amapolas,
que el Tejo se viste de olas,
que al cielo bordan diamantes?
¿Sabes que es Vasco Cautiño
su alcaide y que mi padre es?
Sé que es el sol portugués
desde que el hermoso aliño
con que dora sus cabellos
á los vuestros trasladó,
para que, abrasado yo,
fénix me consuma en ellos.
Sé que, aunque pena no os da
mi esperanza por vos seca,
sois mi Mahoma, mi Meca,
mi sol, mi cielo, mi Alá;
sé, en fin, siempre que os diviso,
que á unirnos el ciego dios
os preciara más á vos
que á todo su paraíso.

LEONOR. Pues ¿tus moros qué dirán
contra tu Alcorán blasfemo?

ISMAEL. ¿Qué moros, si á Alá no temo?

LEONOR. Vos sola sois mi Alcorán.

LEONOR. ¿Cómo á pasar te atreviste
de esotra parte del Tejo?ISMAEL. Por ver si todo su espejo
llamas de mi amor resiste;
mas son mis incendios tales
que, después que le pasé,
mi contagio le pegué,
y en vez de correr cristales
corre llamas, todo ardores;
llamas sus vecinas ramas,
sus peces son todos llamas,
llamas sus riscos y flores.LEONOR. (*Cáesele un guante.*)¡Ay cielo! Cayóseme
un guante. Déjale, moro.ISMAEL. (*Cógele.*) ¿Que le deje cuando adoro
marfil de quien funda fué?Cifraré en él mis venturas,
y ya que la mano no,
el telliz que la cubrió,
urna de cinco hermosuras,
plantel de tanta mosqueta,
ocaso de tanto sol,
nube de tanto arreból,
aljabá á tanta saeta,
mi esperanza de él vestida
será mi mayor tesoro.LEONOR. Déjale, bárbaro moro,
que te ha de costar la vida.

¡Ah del castillo, ah soldados!

ISMAEL. Dile á tu Vasco Cautiño

que, mientras que con él ciño
un alma toda cuidados,
por ser del alba española,
le procure restaurar,
que mi lanza ha de adornar
por divisa y banderola;
que junto al Tejo, Ismael,
Rey de toda Extremadura
le aguarda, que su ventura
pruebe y que venga por él.
LEONOR. No es digna suya esa empresa;
yo te quitaré arrogante,
con la torpe vida, el guante, *(Al arma.)*
que soy Leonor portuguesa. *(Vase.)*

ESCENA IX

Sale ZULEMA, MORO.—ISMAEL.

ZULEMA.

Defiende, Rey invicto,
exaltación de lunas sarracenas,
tu corona y distrito,
si mientras que conquistas las ajenas,
esparciendo tus copias,
no quieres esta vez perder las propias.
Alfonso Enriquez, conde lusitano,
infante de Castilla,
nieta de Alfonso sexto soberano,
hijo de Enrique, á quien postrada humilla
la cerviz arrogante
del otomano el célebre turbante,
el Tejo armado pasa
y con un escuadrón, si en suma breve,
inmenso en el valor, incendio abrasa
tus tierras, rayos ellos, ellas nieve;
y por que tu diadema le corone,
á Santarén se acerca y sitio pone.

ISMAEL.

¡Cobardel ¿de eso muestras
el miedo infame que en tu pecho mides?
¿Anuncias dichas nuestras
y albricias no me pides,
cuando si el Tejo por su daño pasa
la dicha de tal bien se me entra en casa?
¿No reino en Badajoz? Extremadura,
¿no es noble herencia mía?
¿No tengo en lo mejor de Andalucía
cuanto entre valles, riscos y espesura
ciñe Sierra Morena
con más vasallos que su falda arena?
Cinco reyes con parias me tributan,
á camellos, el ámbar, oro y plata,
las bengalas, el nácar y escarlata
con que al gusano tejedor disfrutan
y entre aromas arabios
estiman en mis pies poner sus labios.
Cada cual de éstos tiene
cincuenta mil armigeros alarbes,
que si ese Alfonso viene,
los fosos, las murallas, los adarbes
cubrirán como á Ceres los manojos
de cimitarras y bonetes rojos.
Llegue ese mozo ciego;
la presunción se acerque lusitana,
que presto las orillas del Mondego,
reconociendo á las de Guadiana,

con el acero que monarca ciño,
al Tejo juntarán el Duero y Miño. *(Vase.)*

ESCENA X

Toquen marcha, y sale el CONDE ALFONSO ENRIQUEZ,
DON EGAS, DON GONZALO, DON PEDRO y SOLDADOS.

ALFONSO. Lusitanos invencibles,
luz del blasón portugués,
asombro un tiempo de Roma
y rayos de su laurel,
siempre la primera hazaña,
si llega á lograrse bien,
alienta con más valor
las que se siguen después.
Pasado habemos el Tejo;
al margen hermoso de él,
sobre una peña tajada
se blasona Santarén
inexpugnable al asalto;
deleitoso, capitel
sirve á ese risco, diademas
donde el sol asiente el pie.
Su fundación, que compite
con los tiempos, corto fué
de Avidis, que agricultor
heredó á Gargoris rey
la corona y las hazañas,
Gargoris heroico, aquel
construidor de los enjambres
repúblicas de la miel,
aquí alimentando á Avidis
con su néctar, merecer
pudo á Santarén el nombre
de Escalabis (esto es
lo que en latín *esca abidis*,
manjar de Abidis), si bien
le mudó la virgen mártir
Santa Inés, en Santarén.
Desde el infelice godo
hasta ahora lo posee
la blasfemia desbocada,
y en nombre suyo Ismael;
descuidados tiene el ocio
sus bárbaros, y ya veis
que la presteza asegura
más victorias que el poder.
Escalémosla de noche,
por que cuando el sol nos dé
entre celajes del alba
perfiles de rosicler,
tremolando en sus almenas
la cruz que á Jerusalén
restauró mi padre Enrique,
sus lunas postre á los pies.
Pecos somos, si al asalto
cuenta del número hacéis,
si del valor infinitos,
porque cada portugués
es un ejército, un campo,
un escuadrón, un tropel
que eminentemente cifra
más héroes que Apolo ve.
Pase del sueño á la muerte
tanto Holofernes cruel;
Judit es nuestra justicia,

su alfanje en mis manos veis.
Dadme esta villa, soldados,
y con César cantaré
desde hoy, *veni, vidi, vici*,
vine, vi y llegué á vencer.
EGAS. No necesitas, gran conde,
de alientos para encender
pechos que ya son volcanes,
valor que ya es Mongibel.
GONZALO. Morir ó vencer juramos,
ó morir hoy ó vencer.
PEDRO. Del pavés sobre sus muros,
ó muertos sobre el pavés.
ALFONSO. Estas son sus torres altas;
el escalador cordel
nos facilita el silencio.
EGAS. ¿Qué es escala ó para qué?
Arrimándome á una pica,
talares llevo en los pies
para volar por sus muros,
no huyendo para correr.
ALFONSO. ¡Oh, portugués Viriato!
¡Oh, escuadrón invicto y fiell
Viva la cruz! *(Al arma.)*
TODOS. ¡Viva Alfonso!
ALFONSO. ¡Viva, decid, nuestra ley!
*(Desnudan las espadas y éntranse, y
dicen dentro, tocando á guerra.)*
MORO 1.º ¡Aquí de la villa, Alarbes,
las murallas socorred,
que el cristiano nos la usurpa!
MORO 2.º ¡Que nos entra á Santarén!
*(Entrando y saliendo, pelean moros y
cristianos.)*
EGAS. ¡Ah, perros! en vuestra sangre
pienso hoy apagar la sed
que ha tanto que me provoca.
MORO 1.º Huye, Hamete. *(Arma.)*
MORO 2.º Huye, Muley.

ESCENA XI

Salen dos MOROS dando de cuchilladas á BRITO, que
sale de soldado gracioso.

BRITO. Estése quedo, le digo.
¿No hay son pegar y correr?
¡Verá la tema en que han dado!
Yo, ¿qué le he hecho?
MORO 1.º Vengaré,
cristiano vil, en tu vida
tantas muertes. *(Dale en el broquel.)*
BRITO. ¿Otra vez?
¿han vido y cómo sacude?
MORO 2.º No ha de quedar portugués
que no destroce este brazo. *(Dale.)*
BRITO. Médico debé de ser;
compre mula y traiga guantes,
matará de cien en cien
con los botes de botica,
balas de pugin y hamet,
flechas de un récipe escrito,
pólvora en polvos de sen,
espátulas por espadas,
julepes de Lucifer,
que yo, señor, no me purgo;
mas si purgo, acérquese,

que si el doctor cursos cuenta,
ya pasan en mí de diez.
MORO 1.º Muere, perro, y no hables tanto. *(Dale.)*
BRITO. ¿Perro yo? Debe querer,
si me mata, dar conmigo
perro muerto á la mujer.
Quedo, ¿no ves que soy moro?
MORO 1.º ¿Moro tú?
BRITO. Pues ¿no lo ves?
MORO 2.º ¿De Santarén?
BRITO. Si, señores,
moro soy de *santi-amén*.
MORO 1.º Pues ¿por qué en cristiano traje?
BRITO. Estuve al cabo una vez,
y prometíle á San Roque
ó á su perro de traer
esta ropa un mes entero.
MORO 2.º ¡Oh, blasfemo! *(Dale.)*
BRITO. Pues un mes
el hábito no hace al monje.

ESCENA XII

Salen DON EGAS y DON ALFONSO.—DICHOS.

EGAS. Gracias al cielo se den,
que ya es Santarén cristiana;
ya Sión, si fué Babel.
ALFONSO. Éa, don Egas Muñiz:
(Vase el un Moro.)
¡viva nuestra santa fe!
(Entrase el Rey.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos un MORO y el REY.

BRITO. Señor don Agraz Muñoz,
socórrame su mercé,
que este moro da en pegarme
sin por qué ni para qué.
EGAS. Pues ¿por qué tú no le matas?
BRITO. Nunca en el quinto pequé
ni he aprendido á matar galgos,
porque no son de comer.
EGAS. ¡Ah, cobardel!
BRITO. ¿Qué quería?
EGAS. ¿Eso dice un portugués?
BRITO. Péguelos en caperuza,
quizaves me avezaré.
EGAS. Pues mira, así has de matarlos.
(Dale al Moro.)
MORO 1.º ¡Válgame Mahomal
(Gae muerto dentro.)
BRITO. Amén.
EGAS. De este modo se pelea.
BRITO. ¿Y este murió? *(Arma.)*
EGAS. ¿No lo ves?
BRITO. Muerte ha sido sopitaña,
no hiciera más á traer
el alma el moro á la posta;
pero, aguarde, y le daré
al primero que topare,
como á esotro, pan y nuez. *(Arma.)*

ESCENA XIV

Salen otros Moros todos peleando.—Dichos.

MORO 2.º ¡Yo veaderé bien mi vial!
BRITO. Pues yo vos la compraré.

(Dale Brito, y cae el Moro dentro.)

MORO 2.º ¡Ay, Alá!

BRITO. Lo que hay allá,
perrengue, es resina y pez. *(Riéndose.)*
Pardiez, que caen como moscas;
si sale otro volveré
á asegundar coscorriones.

MORO 3.º La vida llevo á los pies.

BRITO. Si vos libráis de mis manos.

(Dale, y cae dentro.)

MORO 3.º ¡Muerto soy!

BRITO. ¡Zape; pardiez
que tras esta matación
las manos me he de comer!
¿Que aquesto era matar moros?
De aprendice puedo ser
protomédico de galgos;
pues yo os juro, á non de diez,
que yo desempeñe á España.

TODOS. ¡Victorial!

GONZALO. Ciña el laurel
tus sienes, Alfonso invicto.
(Entranse.)

ESCENA XV

Salen tres Moros contra BRITO.

MORO 2.º Rayo es este portugués:
huir, moros, de su furia. *(Huyen.)*

BRITO. De mis manos no podréis,
porque está engolosinado.

MORO 1.º Uno es solo y somos tres;
pues la fuga nos impide,
¡á él, amigos! *(Arma.)*

TODOS. ¡A él!

BRITO. ¡A mí, alcurcuces, á mí!
Pues agora lo veréis.

(Mételos á cuchilladas y tocan al arma.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON EGAS MUÑIZ Y DON GONZALO.

GONZALO. Nuestro conde infante es santo,
porque no es inconveniente
ser religioso y valiente.

EGAS. Séalo, pero no tanto
que le lleven á su coro
los canónigos seglares
y las armas militares,
que son espanto del moro,
cubra la sobrepelliz
cada noche en los maitines.

GONZALO. Así consigue sus fines
dichosos, Egas Muñiz.

La espada y la disciplina
hacen una consonancia
de milagrosa importancia.
David era en Palestina
el más bélico monarca,
y entre sus triunfos diversos
cantaba salmos y versos
danzando delante el arca.
A Efod que se vestía
era lo mismo que ahora
la sobrepelliz, no ignora,
quien sabe su valentía,
que él mismo, hablando con Dios,
dice que se levantaba
á media noche, y cantaba
sus loores; juzgad vos
si es bien, cuando este interés
nos postra rendido al moro,
que Alfonso en el campo y coro
sea David portugués.

EGAS. Basta haberle edificado
al cielo tanto convento
para obligarle que atento
su vida ampare y estado.
El célebre monasterio
de Santa Cruz de Coimbra,
cuando conquistó á Cecimbra,
y del africano imperio
sacó á Elvas, al Francoso
Serpa, Corbele, Alanquer
y otros mil que en su poder
hacen su nombre famoso,
fundó rico con las rentas
que á sus canónigos dió
cuando á Santarén cercó;
haciendo con su Dios cuentas,
ofreció por su conquista
al santo de Claraval
para un monasterio real
cuanto alcanzare la vista
desde una cuesta eminente,
los campos y posesiones,
siendo sus ojos mojonés
de esta fábrica excelente.
Mil monjes ahora encierra
este edificio gallardo.
Obligado San Bernardo
á patrocinar su guerra
y á alcanzarle sus victorias,
desde Francia, donde vive,
le comunica y escribe:
materia dé á las historias
nuestro Alfonso con la espada,
y los monjes del Cistel
recen y canten por él;
allá María elevada,
y Marta acá solicite
con las manos el acero.

ESCENA II

*Sale DON ALFONSO ENRIQUEZ y trae puesto sobre las
armas un roquete.—Dichos.*

ALFONSO. Egas Muñiz: lo primero,
porque amparo os facilite,
es Dios, que lición nos da

de que su reino busquemos
y por él conseguiremos
lo demás. ¿Por qué será
desdoro de un rey (que esfuerza
con oraciones su celo)
conquistar primero el cielo
si el cielo parece fuerza?
No se proporcionan mal
ni el tiempo se desperdicia
con la terrestre milicia
la milicia celestial,
ni del valor portugués
será acción menos feliz
con Dios la sobrepelliz
que con el moro el arnés.
Lo uno y otro al cielo agrada
alentando el corazón,
con Moisés en la oración
y Josué con la espada,
porque ésta sola promete
poca dicha; este es mi voto
y quitarme este roquete,
que desde el coro dirige
el cielo mejor mi estado.

EGAS. Yo hablé, en fin, como soldado,
sin saber lo que me dije.
Pelead ¡cuerpo de Dios!
y rezad también, Alfonso,
con la espada y un responso
huirá el morisco de vos;
comunicad serafines
entre monjes en el coro,
y acobardarése el moro
mientras vos cantáis maitines,
que yo desde ahora os juro
seguir siempre vuestro lado
engerto en fraile y soldado.

ALFONSO. Y yo el premio os aseguro.
Pero ¿qué es esto?

ESCENA III

*Tocan un clarín y sale poco á poco ISMAEL sobre un
alazán, con adarga y lanza, y en el extremo de
ella, en lugar de banderola, el guante de Doña
LEONOR.—Dichos.*

PEDRO. La vega
mide un moro airoso y fiero
sobre un alazán ligero.

EGAS. Hacia nuestros muros llega.

ALFONSO. ¡Bizarro alardel!

EGAS. ¡Infelice!
á lo menos, si me aguarda.

ALFONSO. ¡Presencia ostenta gallardal!
Veamos lo que nos dice.

ISMAEL. Conde Alfonso lusitano,
que del árbol borgoñón
blasonas ser rama ilustre;
pimpollo de aquella flor
que pone Francia en sus armas,
nieto de Alfonso, león
que, conquistando á Toledo,
se intitula Emperador;
á Santarén me ganaste,
no de valor á valor,
precediendo desafíos

y partiendo el campo el sol,
sino hurtando á las tinieblas
la enlutada confusión
de noche, más que soldado,
codicioso escalador.
Préciate de la conquista
que su descuido te dió,
pues huye siempre las luces
el pirata y salteador;
que yo (no con los engaños
del silencio obscuro, no
cohechando al sueño perezas,
tapando al bronce la voz),
sino en la mitad del día,
solo (si es que solo estoy
cuando cuantos héroes viven
me llaman su comprensión);
á vista de esos cobardes,
tímido y breve escuadrón
que de Ulises descendiente
sus ardidés le heredó,
digo que asaltar murallas
de noche, sin prevención,
es infamia, es cobardía;
no es hazaña, no es valor.
Ismael, me tiembla el orbe;
rey me llama Badajoz,
su príncipe Extremadura,
la Vandalia su señor:
sólo domina en mi pecho
hermosa constelación,
una beldad portuguesa;
feliz, pues su esclavo soy;
doña Leonor es, Cautiño,
porque sola tal Leonor,
por lo que de leona tiene,
amansara tal león.
Conde, suyo es este guante,
del muro se le cayó;
en mi fe de más estima
que de Asia la posesión.
El castillo de Palmela,
con las llamas de mi amor
conquisté, dando á su alcaide
honras por matarle yo.
Lléveme á Leonor conmigo
imperiosa su prisión,
pues, cautiva, la obedezco
pues me vence vencedor;
yo he jurado á su hermosura,
si en vosotros hay valor,
por cada dedo del guante
un portugués, el mejor.
De esta prenda y de su dueño
será la restauración
el que á vencerme se obligue,
uno á uno ó dos á dos;
al extremo de esta lanza
sirve de airoso pendón:
rescatadle, portugueses,
que salvoconduto os doy
para los campos de Obrique,
donde Marte convocó
cinco ejércitos alarbes
de quien rey único soy.
Ducientos mil africanos
enjambres inmensos son

que al Tejo el cristal agotan,
al valle y monte la flor.
Cobardes, allí os espera
Ismael, Marte español.
Parca que os hiela las vidas,
rayo que Arabia forjó,
segundo Alá, otro Mahoma
de Alcides competidor,
peste de del bautismo,
de su iglesia contagión,
cuchillo de portugueses,
Atila, azote de Dios
y Ismael, que vale más
que el cielo, que Alá, que el sol.

(Vuelve á tocar el clarín.) (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos ISMAEL.

EGAS. Frenético, espera, arguarda.
ALFONSO. Dejad que al cielo Nembrot
quimerice Babilonias,
llorará su confusión.
Las manos, y no las lenguas,
amigos, en la ocasión
precisa consiguen triunfos
y dan asiento al valor;
de lengua es forma la espada,
vocinglero el vil temor;
espere en su muchedumbre,
que yo sólo espero en Dios.
Trece mil soldados tengo,
cada cual un Cipión,
un portugués Viriato,
un Hércules vengador;
ducientos mil los infieles,
numerosa ostentación,
ceros que por sí son nada,
mosquitos de Faraón.
Lusitanos, alto, á Obrique,
que cuanto fuese mayor
la suma de los contrarios,
tanta más ganancia os doy
de su despojo y riquezas;
la cruz es nuestro blasón,
armas que dió á Portugal
mi excelso progenitor;
con su señal Constantino
los tiranos debeló;
su mesmo celo me guía,
yo Conde, él Emperador;
la victoria tenéis cierta.
GONZAL. ¡Oh, gloria de tu nación!
al arma, que la fortuna
de César llevamos hoy. (Alarma.)
(Vanse, si no es don Egas.)

ESCENA V

DON EGAS solo.

¿Captiva mi Leonor? ¡Cielos!
¿Preso la beldad que adoro,
usurpador suyo un moro
y ya africanos mis celos?

Eso no, mientras yo viva,
que es oprobio portugués;
yo haré que postre á los pies
de mi adorada captiva
la alarbe y torpe cerviz
el sacrilego arrogante;
yo haré finezas de amante
y hazañas de Egas Muñiz;
salvoconducto me da,
mas quien torpe desatina
sin guardar la ley divina
mal la humana guardará;
juntemos la industria, pues,
al valor para librarla;
hoy tengo de restaurarla,
ó no seré portugués.
El artificio me ofrece
un discreto estratagema.

ESCENA VI

Sale BRITO. — DICHOS

BRITO. Estése el perro en su tema,
que yo me estaré en mis trece;
yo le juro á non de tal
que si el guante le quitó
el galgui cuzcuz, que yo
desagravie á Portugal.

EGAS. ¿Qué es eso, Brito?
BRITO. Sentir
que un morillo desafie
á nueso Conde, y que críe
humos, que le han de salir
en el alma, si yo puedo.
EGAS. ¿Viste al bárbaro Ismael?
BRITO. Vi que en su lanza la piel
ó el guante, por cada dedo
á su fembra ha prometido
una cholla portuguesa,
y ¡voto al sol que me pesa
que se nos haya escorrido!
¿Cinco cabezas barbadas?
Pues con ellas, ¿qué ha de her
la Leonor? Debe querer
madurarla á cabezadas.
Yo quedé tan golosmero
desque á lidiar aprendí
por vos, que no estaré en mí
hasta her un matadero,
do por arseldes se pese
carne mora.

EGAS. ¡Desatino!
BRITO. Mas huyendo del tocino
Barrabás que la comiese.
EGAS. ¿Atreveráste tú á hacer
conmigo una honrosa empresa?
BRITO. Si es la Leonor portuguesa,
y bondara ser mujer;
¿qué aguardamos vos y yo
que no la descaptivamos?
EGAS. ¡Oh, Brito animoso! Vamos.
BRITO. Desque el Conde se quitó,
al encontrarle en la sierra,
sin cochillo, ni ganzúa,
lo que llamáis guante ó lúá,
piel en paz, malla en la guerra,

cuidando yo que la mano
entonces se desollaba,
mal con los guantes estaba;
mas agora que este alano
Ismarrel tanto le estima
que mos desafía por él,
desollándole la piel
que trae el mastín encima,
la he de convertir en guantes.
EGAS. Arábigo sé escribir
y en hábito hemos de ir
de moros.

BRITO. Haya turbantes,
almalafas, alquiceles,
y déjame á mí con él.
EGAS. ¿Te atreverás á Ismael?
BRITO. Y á una recua de Ismareles.
EGAS. Pues sígueme, que si engañas
su atención, en mis venturas
probarás que sin locuras
nunca el amor logró hazañas.
De moro te vestiré.

BRITO. Con tal que haya sopa en vino,
porque sin él y tocino
desde aquí desmórome. (Vanse.)

ESCENA VII

Sale Doña LEONOR llorando, y ISMAEL saca el guante de Doña LEONOR.

ISMAEL. Tu Conde me vió en su vega
hacer de esta prenda alarde,
y á su ejército cobarde,
no sólo el combate niega,
mas, multiplicando miedos,
las caras descoloridas
tiemblan de por que sus vidas
tu guante les mida á dedos.
Si estas finezas merecen
en tu cielo algún agrado,
serenándose el nublado
que sus rayos entristecen,
alcance yo sin enojos,
sin desdenes, sin agravios,
una razón de tus labios,
un resplandor de tus ojos.
Y advierte, Leonora mía,
que si con rigor pretendes
helar mi fuego, le enciendes
con más rebeldé porfia.
Finge de burlas favores,
podrá ser que desta suerte
más tibio llegue á quererte
que duplicando rigores,
porque en la amorosa escuela,
la que por sus cursos pasa,
con hielos dicen que abrasa,
con llamas dicen que hiela.
LEONOR. ¿Posible es, torpe homicida,
que tu ciego frenesi
ose á amar á quien por ti
llora á su padre sin vida?
Dame sepulcro con él;
rasga, tirano, este pecho
y habrás á mis ruegos hecho
una fineza cruel,

una piedad rigurosa,
y si mis súplicas sigues,
una acción con que me obligues
en la otra vida.

ISMAEL. ¡Qué hermosa!
La aurora de tu semblante
vierte perlas; si enloqueces
cuando llorando amanece
cada aljófar un diamante,
¿qué hicieras perdido el ceño
con que eclipsas su arrebol
amaneciéndome el sol
en dos orientes risueños?
Tu padre murió á mis manos,
mas sírvate de consuelo
que he de conquistar el cielo
vencidos los lusitanos.
Mi valor á cargo toma,
si su pavimento piso,
que goce á Alá en su paraíso
á la diestra de Mahoma;
yo haré que con él dispense
el haber cristiano sido.

ESCENA VIII

Salen de moros DON EGAS, y BRITO á lo gracioso. DICHOS.

BRITO. Héteme aquí convertido
en morabito de Orense,
engerto un gallego en moro.
EGAS. Ya sabes lo que has de hacer;
no te turbes.
BRITO. La mujer
que buscas es como un oro;
con el mastín perrenquea.
EGAS. A buena ocasión llegamos,
si mis ardidés logramos.
BRITO. Ojalá orégano sea.
ISMAEL. ¿Quién, sin avisar primero,
se atreve á entrar donde estoy?
BRITO. Señor, estafeta soy
morisca, mas no arriero,
ni en toda mi casta le hubo,
ni quiera Dios, cuando venga
con cartas, que oficio tenga
que el señor don Mahoma tuvo.
ISMAEL. ¿Cartas traes? Dime de quién.
EGAS. Éste necio lo ha de echar
á perder; quiero llegar. (Llégase á él.)
El Rey de Murcia y Jaén
y el de Córdoba te escriben.
BRITO. Sí, señor; juntos están
con el Rey de Cordobán
murciélagos, porque viven
de comer uvas jaenes,
y son tres reyes de bien
el murciélagos, el Jaén
y el cordobán.
ISMAEL. ¡Loco vienes!
EGAS. Hase, gran señor, turbado
y gasta siempre este humor.
BRITO. Humor gasto; sí, señor;
de una fuente que han mandado
que en aqueste brazo me abra;

gracias á santa Loción,
que casi casi no vía
por un hartazgo de cabra
que éste y yo nos dimos solos,
y aun es dicha si lo alcanzo,
métome, en vez de garbanzo
toda una bola de bolos,
y en lugar de hoja de hiedra
traigo una resma de estraza,
con que, aunque algo me embaraza,
puedo tirar una piedra,
y her que la salud asista
en los ojos, aunque creyo
que cuando á su merced veyo,
tengo muy bellaca vista.
(A él ap.) Necio, mira lo que dices.
ISMAEL. ¡Salada es vuestra razón!
BRITO. Tengo la sal de un jamón,
y cómolos con perdices.
ISMAEL. ¿Las cartas?
BRITO. Helas aquí. (Dáselas.)
ISMAEL. ¡Donoso talle mostráisl!
BRITO. Sí, señor.
ISMAEL. ¿Cómo os llamáis?
BRITO. El moro Zaquizami.
ISMAEL. ¿Tan alto?
BRITO. En caramanchones
empleo todo mi trato,
y vuelto de perro en gato
ando á caza de ratones.
Lea vuestra morería
para que me vuelva luego.
ISMAEL. ¿No esperaréis que á este pliego
responda?
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Es Córdoba gran ciudad.
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Y su rey,
¿no se llama Alí Muley?
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Esperad. (Leyendo para sí.)
¿Qué tiene, que está en la cama
conforme me avisa aquí?
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Decí:
¿qué mal tiene?
BRITO. Se derrama
todo en mantas y en colchones.
EGAS. (Ap.) ¿Hay disparate como éste?
BRITO. Y diz que es ramo de peste
la sarna con sabañones,
y el reye se rasca mucho.
ISMAEL. Este debe de ser loco.
EGAS. (A él ap.) Necio, vete poco á poco
en hablar.
BRITO. Yo no estoy ducho
en esto de enfermedades;
su morería perdona.
EGAS. (Ap.) Como Brito me ocasione
mientras teje necedades
á que hable á mi Leonor,
que aún no me ha echado de ver,
comenzaré á disponer
los ardidés de mi amor.
(A él ap.) Entreténmele, y advierte
que en el interín hablamos

mi Leonor y yo.
BRITO. A eso vamos. (Abre el moro otra carta.)
ISMAEL. Dice Muley de esta suerte:
(Lee.) «El compañero del que ésta
lleva es el moro más sabio en las
ciencias de Astrología, Magia y fu-
tuuros contingentes que conoce Egip-
to; envíosele á vuestra Alteza para
que, sirviéndose de sus habilidades,
venza con ellas lo que dudo de sus
armas, porque el Conde de Portugal
tiene de su parte el valor de sus an-
tecesores y la fortuna de los hados.
Guarda Alá á vuestra alteza, etc.
Muley, Rey de Córdoba.»
¡Válgame Mahoma!
BRITO. Y lleve
por siempre jamás amén.
(Mirando el Moro muy atento á Don
Egas.)
ISMAEL. Ven acá.
BRITO. Obedezco al ven.
ISMAEL. Habla veras.
BRITO. Pues sea breve, porque
en hablando en joicio,
luego me da torozón.
(Hablan en secreto Leonor y Don Egas.)
ISMAEL. ¿Quién es éste?
BRITO. Es un varón
milagro del reino egipcio:
No sabe tanto el dimuño;
cuantos diabros el infierno
ahucha en su huego eterno
todos los tiene en el puño.
ISMAEL. ¿Qué dices?
BRITO. Que si le pruebas,
tienes tales encantaciones
que hará llover naterones,
albaricoques y brevas.
ISMAEL. Si él me supiera ablandar
el rigor de una mujer
que me obliga á enloquecer,
yo le llegara á adorar.
BRITO. Si de sus artes se fia,
déla por blanda. ¿Es aquélla?
ISMAEL. La misma.
BRITO. Ya habla con ella,
porque sus cuitas sabla;
verá cuál se la madura.
LEONOR. ¡Ay, mi don Egas Muñiz! (Ellos ap.)
moriré más infeliz
si inventas esa locura;
no arriesgues vida, que estimo
lo que mi temor recela.
BRITO. ¿No ve cómo se le enmiela? (Al Rey.)
EGAS. Leonor, en balde reprimo (A ella ap.)
la paciencia ni el acero.
Yo he de sacarte de aquí.
ISMAEL. ¡Vive Alá que conseguí
toda la dicha que espero;
tan domesticada está
con él como si los dos
fueran hermanos.
BRITO. ¡Par Dios!
por no decir por Alá,

que obligue á una peña fría
á que eche llamas, señor.
ISMAEL. ¿Que hará que me tenga amor
Leonor?
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. Toma este anillo y cadena. (Dáselos.)
BRITO. Sí, morería, si tomo.
¿Es el engaste de promo,
que pesa más que ell arena?
EGAS. Esto tenemos trazado
LEONOR. ¿Qué buena suerte la mía!
ISMAEL. ¿Riyóse?
BRITO. Sí, morería;
los colmillos ha mostrado.
EGAS. Disimula con el moro
hasta que te libre de él.
(Esto lo dice recio.)
LEONOR. Merece mucho Ismael.
ISMAEL. ¿Qué dijo?
BRITO. Que es como un oro
su merced en la gallardía.
ISMAEL. Que mucho Ismael merece
le escuché.
BRITO. Así me parece.
ISMAEL. ¡Gran suertel!
BRITO. Sí, morería.
ISMAEL. ¿Qué apacible y que en sazón
habla, pregunta y proponel!
BRITO. El verá que se la pone
más tierna que un quesón.
EGAS. ¿Oyes lo que al moro pasa
con aquel loco?
LEONOR. Donoso
é igualmente provechoso.
EGAS. De placer es esta casa,
en lo despoblado está;
para que te saque de ella
fingele amor, Leonor bella.
(Llégase Leonor al Rey muy afable.)
LEONOR. ¡Mi rey!
ISMAEL. ¡Soberano Alá,
que á oír tal he merecido
al sol que el alma ofrecí!
BRITO. ¿Mi rey dijo? hétele el mí;
soberano Alá te he oído,
hétele también el la,
sol la llamaste después;
hétele á amor portugués
con su re, mi, fa, sol, la.
EGAS. Señor, yo que por mis ciencias
de tu amorosa fatiga,
supe el incendio que obliga
á apacibles impacencias,
vine á servirte de modo
que ya es tuya Leonor bella;
pero si á solas con ella
nos dejás, para que en todo
se te rinda este diamante,
tu esperanza lograrás,
en especial si me das
por sola una hora su guante,
que impide por él el hado
lo que el arte facilita,
porque sus efectos quita
cualquier favor violentado.
ISMAEL. Toma el guante, el alma toma.
(Dásele.)

BRITO. Tened, el perro, por cierto
que vos damos perro muerto. (Ap.)
ISMAEL. Tú serías mi Mahoma,
mi Alá, si me consintiere
que una mano la besase.
EGAS. Hasta que el término pase,
no es posible.
BRITO. En seco bese,
chero decir, desde ahí,
que según unum modernum,
non besabis in æternum.
ISMAEL. No te entiendo.
BRITO. Hablan así
nigromantes motilonés.
ISMAEL. Luego ¿tú nigromancia
estudias?
BRITO. Sí, morería;
mire, do hay pares hay nones,
chero decir, que preñada
una mujer, ó se muere
ó habrá pares; si pariere,
y habrá nones que es nonada
para vuesa morería,
como no tempre pesares
aguardándose dos pares
de horas, hasta el mediodía,
que es cuando cesan los nones,
y toca á nona el donado;
mas habiendo los dos dado,
que en todos los esquilonés
cuando dan dos dan un par,
cesan entonces azares,
porque, en fin, los dos pares,
si no llegan á parar,
¿cómo tienen de parir
el efecto del planeta,
ni comprirse la receta
de su amor? ¿Chérello oír?
Pues venga á her: esta mujer,
¿no es nones? Sí, porque es una,
y con pares no hay ninguna
hasta que llega á parir;
él, aqueste moro y yo
somos tres, no somos nones;
en esto no hay opiniones,
pues si el nones engendró
la nonada, oiga estos puntos,
hasta que lleguen á estar
hombre y mujer hendo un par,
y no todos cuatro juntos,
si no le ama si se queje;
pero vuélvase después
que nones quedamos tres,
y como á los tres mos deje,
después de la nona dada,
si vuelve á sus aficiones
ya se habrán ido los nones
y parará el par en nada.
Esto enseña la escretura,
que entre sus negros Macías
mordió el gigante Golías,
Galeno y Nuño Rasura.
ISMAEL. Los principios de una ciencia
son oscuros de saber;
no te he podido entender.
EGAS. Pues, señor, es evidencia
todo cuanto te he explicado,